

2 Tes 2,3-12. Intentos de comprensión y nuevo planteamiento

El objetivo de esta nota, que se inserta en una serie de aportaciones de tipo monográfico, es el de investigar la actitud de las primeras comunidades cristianas con respecto al compromiso político.

A pesar de algunas interpretaciones dadas a esta unidad apocalíptica de 2 Tes, tras un análisis serio y con suficiente base objetiva se puede afirmar que el pensamiento de S. Pablo se mueve en una dirección de índole distinta y que, por consiguiente, el tema político no se toca aquí. Con todo, pienso que mi contribución es positiva, por cuanto ayuda a delimitar los campos posibilitando una respuesta, que no siempre tiene por qué ser afirmativa. Sólo así podremos deducir fundadamente la respuesta total a la pregunta que diera origen a este esfuerzo conjunto.

Supuestos mi artículo anterior y mi reciente comentario a 1-2 Tes¹, centro ahora la atención en los términos controvertidos del texto paulino, a saber, en el '*impío*' (v. 3) y en '*lo [el] que frena*' (vv. 6-7). Primeramente daré una breve síntesis de las interpretaciones que se han dado a dichos términos en sucesivas épocas, para exponer a continuación mi exégesis personal a partir de un nuevo planteamiento.

¹ F. MARÍN, *Pequeña apocalipsis de 2 Tes 2,3-12*: EsEcl 51 (1976) 29-56. ID., *Evangelio de la Esperanza, Evangelio de la Unidad. Cartas de San Pablo a los Tesalonicenses y a los Filipenses*, Madrid-Universidad Pontificia Comillas 1979.

I. RECORRIDO HISTORICO

Según parece desprenderse de la mayoría de los puntos de vista, coinciden los autores en ver en 2 Tes 2,3-12 los indicios premonitorios del fin cronológico del mundo. Centrada la atención común en este horizonte, el *impío* y todo el despliegue de su actividad se sitúan en un futuro incierto, desconocido, que unos y otros tratan de localizar. Tal es la plataforma en que se instalan los diferentes conatos de explicación. Veamos ahora los más representativos.

A) EL 'IMPÍO'

La forma como Pablo lo describe tiene unos antecedentes históricos ciertos que nos suministran los escritos apocalípticos. Como bien observa Rigaux, hay una serie de enemigos de Israel, como Senaquerib, el rey de Tiro, Antíoco IV Epífanés, Pompeyo (cfr. Salmos de Salomón), etc., que contribuyen a concebir la actitud impía encarnada por un individuo que no es ni uno ni la suma de esos personajes, sino que se inspira en ellos adquiriendo categoría de símbolo². En su forma satánica de actuar se muestra como Antidíos y Anticristo.

¿Quién es este individuo? Prácticamente todos lo identifican con el Anticristo, y es una persona concreta con la cual llegará el fin de los tiempos. Carece de toda especificación política, es un personaje de carácter religioso. Así lo entiende, según Masson, la tradición cristiana³. Es propiamente una figura apocalíptica que encarna toda oposición decidida y violenta a Dios; por eso, todos los nombres podrían designarlo, si bien ninguno le pertenece. Imagen contradictoria de la encarnación por su empeño en seducir y perder a los hombres⁴, su actividad se realiza ya al presente, aunque de forma engañosa y encubierta (v.6), mientras no suena la hora de su manifestación a plena luz (v.7) para ser juzgado y condenado.

De acuerdo con esta interpretación tradicional, la venida

² B. RIGAU, *Saint Paul. Les épîtres aux Thessaloniens*, Paris-Gabalda 1956, 267.

³ C. MASSON, *Les deux épîtres aux Thessaloniens*, Neuchâtel-Delachaux et Niestlé 1957, 104.

⁴ TEODORETO DE CIRO, *Comentario a 2 Tes 2,3*; PG 82, 664AB.

del impío, su manifestación, es un anuncio cierto del fin, entendido éste como colapso y destrucción del mundo físico.

Lo dicho más arriba sobre los antecedentes históricos de este personaje simbólico es quizá la razón por la que la *escuela histórica* del siglo XVIII trató de localizarlo en personajes cercanos cronológicamente a 2 Tes, llegándose a barajar nombres como el de Simón Mago, Calígula, Claudio, Nerón, etc.

No hay unanimidad, dentro de la *escuela histórico-escatológica*, acerca de si el Anticristo es una colectividad (=anticristianismo) o un individuo que ha de aparecer al fin del mundo.

B) 'LO [EL] QUE FRENA'

En un punto coinciden todos desde el principio, a saber, que esta potencia que frena o retrasa es benévola, positiva, y su cometido es el de secundar los planes de Dios para controlar la actividad del impío hasta su oportuna aparición. Las divergencias comienzan a la hora de identificarlo.

Una primera conjetura, que aparece ya en Tertuliano⁵, localiza dicha potencia en el Imperio romano, siendo el emperador el fuerte que frena. No se puede negar que esta teoría ha encontrado eco de una u otra forma en todas las épocas; pero ello no nos autoriza a darle el rango de «*común tradición de los Padres e incluso tal vez de los Apóstoles*», como se atreve a indicar C. A. Lapede⁶. Un autor tan nada sospechoso de criterio cerrado como es H. Gunkel, no duda en considerar tan arbitrario el recurso al Imperio romano, que, para él, escapa a toda refutación⁷. Naturalmente, como vimos a propósito del impío, también aquí se han aventurado nombres concretos de emperadores, tales como Nerón, Galba, Otón, Vitelio, etc.

En su conocido artículo sobre el tema, O. Cullmann califica esta teoría de «*hipótesis histórica*»⁸, y la rechaza por la

⁵ TERTULIANO, *Liber de resurrectione carnis*, XXIV; PL 2,829s. Cfr. CRISÓSTOMO, *In Tess. Homilia IV,1*: PG 62,485.

⁶ C. A. LAPIDE, *Commentarii in Scripturam Sacram tomus IX*, Luduni Parisiis 1875, 708.

⁷ H. GUNKEL, *Schöpfung und Chaos*, Leipzig 1921, 224s. Cfr. B. Rigaux, *Coment.*, p. 274.

⁸ O. CULLMANN, *Le caractère eschatologique du devoir missionnaire et de la conscience apostolique de S. Paul. Étude sur le 'katékhon(-ōn)' de 2.Thess. 2:6-7*, *RevHistPhilRel* 16 (1936) 210-245: 215.

razón decisiva de que el Imperio carece en absoluto de fuerza escatológica, característica esencial del momento al cual se refiere S. Pablo.

El mismo Cullmann cita la «hipótesis mitológica» de Dibelius⁹, basada en los antiguos mitos cosmogónicos divulgados entre numerosos pueblos, acerca de una lucha primordial sostenida por la divinidad y un monstruo, llegando éste a ser vencido y encadenado por aquélla, que lo *retiene* como prisionero para soltarlo en el momento de la lucha final. También rechaza esta teoría, por parecerle demasiado genérica y no explicar del todo el texto paulino.

Otra interpretación es la que expusiera en su tiempo Teodoreto de Ciro, perfilando la ya dada por su maestro Teodoro de Mopsuestia. Según él —deja a un lado las dos hipótesis más usuales entonces, que eran el Imperio romano y la gracia del Espíritu Santo—, lo que impide aparecer al impío es el límite impuesto por Dios; y añade otro posible sentido, de que esa fuerza que frena es la predicación evangélica, tras la cual aparecería el «*adversario de la verdad*»¹⁰.

Cullmann, que rechaza la primera sugerencia de Teodoreto, por parecerle inadecuado el que tenga que desaparecer Dios para que se manifieste el impío, hace suya la segunda, referente al anuncio del Evangelio a los paganos, y la explica en el sentido de que *lo que retarda* es dicha proclamación, mientras que el agente de tal acción es el apóstol Pablo, enviado expresamente por Dios a evangelizar a los paganos.

J. M. González Ruiz, inspirándose en F. Prat, sostiene que *lo que frena* es la incredulidad colectiva de Israel, y *el que frena*, el arcángel S. Miguel¹¹. Resulta verdaderamente extraño que no justifique el diferente contenido que atribuye al neutro (*tò katékhon*) y al masculino (*ho katékhōn*), tan distinto de la opinión común explícitamente asentada por Cullman en su artículo¹². Parece desconocerlo al redactar sus reflexiones, pues ni siquiera lo menciona en su exposición inicial de opiniones.

B. Rigaux, a ejemplo de S. Agustín y de Santo Tomás, tras

⁹ M. DIBELIUS, *An die Thessalonicher I,II. An die Philipper*, 1925, 40ss.

¹⁰ TEODORETO DE CIRO, *Comentario a 2 Tes 2,6*: PG 82,665A.

¹¹ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, *La incredulidad de Israel y los impedimentos del Anticristo, según 2 Tes. 2,6-7*: EsBib 10 (1951) 189-203.

¹² A.c., p. 212s.

una solución minimalista que él mismo califica de inoperante, se da por vencido ante la magnitud del problema¹³.

C) VALORACIÓN

A mi entender, el punto más vulnerable de las hipótesis expuestas es el referente a la escatología y a su debido encuadramiento. De él trataré de forma directa y explícita en la segunda parte.

En concreto, la hipótesis histórica se hace insostenible, por cuanto deja a un lado la protogategoría teológica y escatológica del impío, de la cual participan así el Imperio romano y algunos de sus emperadores como los otros personajes antiguos que se enfrentaron contra Dios y contra su pueblo. Como reconocen repetidas veces los autores, Roma no aparece en el contexto judeo-cristiano como una potencia benévola, ni da la talla requerida para un combate final, colóquese éste donde se coloque.

La hipótesis mitológica, prescindiendo de su falta de concreción, ofrece un material mucho más aprovechable, y encuentra un eco interesante en Ap 20,2-10, texto que, a mi entender, posee una sorprendente coincidencia temática con el de 2 Tes.

La interpretación de J. M. González Ruiz resulta inverosímil en sus dos aspectos, por la sencilla razón de que se limita en el primero a Israel, dejando excluida a la Iglesia, sobre la cual no consta ninguna protección de Dios bajo la forma literaria del arcángel Miguel. Por lo demás, la incredulidad de Israel, más que fuerza benévola, es un freno a la obra de Dios que queda más bien del lado del impío.

Finalmente, la hipótesis de O. Cullmann adolece de un enfoque semejante al que se vio en la hipótesis histórica; es decir, se fija en algo ciertamente manifestativo, pero que no es central. En efecto, la predicación del Evangelio y la actuación de Pablo sólo tienen sentido como misión recibida, cuyo último y definitivo garante es Dios. En este aspecto, la figura de Pablo no puede ocupar un puesto que pertenece en exclusiva a Dios, único capaz de frenar a quien se define como

¹³ B. RIGAUX, *L'Antéchrist et l'Opposition au Royaume Messianique dans l'Ancien et le Nouveau Testament*, Gembloux-J. Duculot 1932, 303.

Antidíós, lo cual me hace sospechar que no ha captado lo más nuclear de la explicación dada por Teodoreto. Por otra parte, dado que Pablo pasó sin que apareciera el impío, habría que admitir que todo fue un cálculo fallido.

Sin ignorar la dificultad que entraña el texto paulino, creo sin embargo que no es de los más oscuros de la Biblia y, desde luego, todavía admite nuevos intentos de aclaración.

II. NUEVO PLANTEAMIENTO

Hablo de *nuevo planteamiento* refiriéndome sobre todo al que en líneas más atrás calificué de '*punto más vulnerable*' de las diferentes opiniones que de él se derivan. Se impone, pues, una revisión del modo como se interpretan los datos escatológicos de uno y otro Testamento.

Sirvan de punto de referencia las siguientes frases, que reflejan bien la postura más generalizada:

«Lo escatológico puede admitir una apreciación relativa: hay en los mismos profetas un gran Escatológico, un Escatológico Absoluto, que es el Juicio de Dios en el último día del Eón actual. Pero al lado de este Escatológico Absoluto están ciertas encrucijadas de la historia y de la vida humana, en las que se produce una liquidación del período anterior en un avance o anticipo de Juicio Divino. Todas estas escatologías inferiores y parciales se presentan siempre con referencia a esa otra Escatología máxima del Gran Día del Señor...

En el comentario de este trozo del Apocalipsis —Ap 20,1-3— seguimos la sentencia más común, que entiende que el milenio es un número simbólico y redondo que abarca el espacio comprendido entre la primera y segunda venida de Jesucristo, durante el cual el demonio, atado por el 'fuerte armado', no puede desarrollar toda la plenitud de su poder maléfico. Solamente al final, en los *tiempos escatológicos*, el demonio obtendrá un margen más amplio de poder, coincidiendo esta referencia del Apocalipsis con la doctrina general del Nuevo Testamento sobre la máxima eclosión de las fuerzas del Anticristo en la *época escatológica*»¹⁴.

A juzgar por el tenor de las frases transcritas, el *Escatológico Absoluto* se sitúa en la llamada «*segunda venida*» de Jesucristo, al final del *eón actual* o historia humana, en el que tendrá lugar el *Gran Día del Señor*. Según esto, la historia toda

¹⁴ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, a.c., p. 196s.199.

se proyecta de manera lineal hacia un final cronológico que aún no se ha producido ni sabemos cuándo llegará; y en ese horizonte final, absoluto, se produce la manifestación y condena del impío.

Aquí es precisamente donde veo el falseamiento de los datos bíblicos. Se los falsea, en efecto, porque se da la primacía a lo histórico-cronológico antes que a lo histórico-salvífico, de lo cual se sigue automáticamente una linealidad en la que se inserta el mismo acontecimiento pascual como *escatológico relativo*, a la vez que el término 'eón' es despojado de su contenido apocalíptico (=situación) para recibir el de *duración cronológica* de la historia humana. Pero si se examina con detención el NT, es en la *hora* de Jesús cuando se realiza la expulsión y el derrocamiento del príncipe de este mundo (Jn 12,31); en la Pasión y Resurrección es cuando se cumple la profecía sobre el Hijo de hombre y se condena a las fieras que surgen del mar (Mt 26,64; cfr Dn 7,2-14), y cuando Jesús es constituido Mesías con fuerza santificadora (Rom 1,4). Creo por ello que la Pascua es el *eskhatón absoluto* que corona la historia salvífica, en el cual queda englobada toda la historia cronológica y al cual se refieren ineludiblemente los diferentes finales que en ella se producen. La Pascua es el eje final y único en torno al cual gira todo tiempo en línea helicoidal, y el Resucitado es juicio permanente de Dios con respecto a la decisión de cada hombre en el 'ahora' perenne de la salvación (2 Cor 6,2). Estamos, pues, en la etapa final (1 Jn 2,18) en la que nos lo jugamos todo a una carta; por eso, el «*en Cristo*», usado con tanta insistencia por Pablo, expresa el enclave escatológico que constituye a la Iglesia sacramento universal de salvación, mientras que rechazar a Cristo implica quedar excluido de la salvación.

Según esto, considero inexacta la idea que se me atribuye, de que Pablo «*no se refiere a la situación apocalíptica, sino a la condición presente de los tesalonicenses*»¹⁵. Mi verdadero punto de vista es el siguiente: la comunidad tesalónica estaba, lo mismo que la Iglesia posterior y la de todos los tiempos, en el *eskhatón absoluto* de la Pascua, su situación era

¹⁵ «*Paulus geht es hier nicht um die apokalyptische Situation, sondern um die gegenwärtige Lage der Thessalonicher*». De la recensión al artículo citado en la nota 1, aparecida en: *Internationale Zeitschriftenschau für Bibelwissenschaft und Grenzgebiete* 24 (1977/78) 118, n. 896.

escatológica; por tanto, le incumbía la decisión trascendental de vivir en Cristo, siempre en la luz, sin inquietarse por una fecha que Dios no ha querido revelar. La exhortación del Apóstol es hoy tan actual como entonces, y expresa con estilo apocalíptico el quehacer del cristiano inscrito en el final de la Pascua que, en cuanto eje común de esperanza, equidista de todos los tiempos de la historia; de ahí la urgencia de vivir en vela, no para aguardar un acontecimiento exterior que en nada modificaría cualitativamente el hecho ya realizado de la *salus*, sino para mantenerse en órbita del Resucitado que opera en la entraña misma del mundo.

A) EL IMPÍO

A partir de esta visión escatológica se aclaran los términos discutidos. El impío es ciertamente un individuo, no una colectividad; pero un individuo universal, prototípico, que toma rostro concreto en cada hombre que se cierra a la salvación, en cada *antidiós*. Identificarlo con el «*anticristo*» joánico —San Juan es el único que usa este término en todo el NT—, con su significado preciso de negar que Jesús es el Cristo, es una equivocación manifiesta que sólo se justifica desde su aspecto etimológico, no bíblico.

El impío es todo aquel que se opone abiertamente a la acción salvífica de Dios y a Dios mismo; tal es el caso de los que se citan en 1 Tes 2,15-16; 2 Tes 1,5-10, los cuales recibirán el justo castigo merecido por su obstinación. Y es a eso a lo que se dirige la exhortación de Pablo: a diferencia de 1 Tes, en que se preguntaba por el *cuándo*, en 2 Tes aparece un auténtico pánico ante el juicio considerado ya inminente, por pensar que Dios los destruiría a todos por igual; de ahí las palabras tranquilizadoras del Apóstol: la destrucción está destinada únicamente al que rompe con Dios, al impío; pero no a quienes, como los tesalonicenses, ha elegido Dios a título de primicias para la salvación (2 Tes 2,13).

La concepción escatológica lineal hace del cristiano un espectador frente al juicio condenatorio que recibirán en un futuro desconocido el impío y sus secuaces, sin que ello afecte a su problema personal. Por el contraio, la concepción escatológica helicoidal que propongo, haciendo mirar hacia dentro donde está operante el futuro absoluto de todos, nos convierte

en actores y nos pone en guardia, ya que el impío puede anidar en el corazón de cualquiera de nosotros e incluso en el de todos.

A mi juicio, S. Pablo, que en 1 Tes 5,1-10 había reconocido su ignorancia acerca del *cuándo*¹⁶, da en esta unidad apocalíptica los indicios teológicos —no cronológicos— que puedan ayudar a estar en vela con sensatez, porque montar la guardia sin saber para qué ni contra quién carece de sentido. Por consiguiente, el objetivo de la exhortación apostólica es el de ahorrar a los tesalonicenses, y en ellos a todos, incurrir en el juicio condenatorio de Dios por haber degenerado en impiedad; y evitar la ruptura, el enfrentamiento, es el modo concreto de vivir en la luz (1 Tes 5,4-6).

B) 'LO [EL] QUE FRENA'

Conviene, lo primero, despejar la incógnita sobre la diferencia de género —neutro, masculino— con que aparecen los sujetos de esta forma participial. Pienso que tal diferencia obedece a motivos literarios, como puede apreciarse en la siguiente figura quiástica:

- a — el impío (v. 3): masculino
- b — lo que frena (v. 6): neutro
- b' — lo misterioso de la impiedad (v. 7a): neutro
- a' — el que frena (v. 7b): masculino

Coinciden, pues, masculino con masculino (a— a') y neutro con neutro (b— b'), lo cual da pie para deducir que esa diferencia gramatical de género no rompe la unidad de sujeto: éste es el mismo así en *b* como en *a'*, cosa que parece confirmarse por el hecho de que *a— b'* indican también un único sujeto.

Ahora bien, ¿quién es el que frena? Una serie de indicios, bíblicos y extrabíblicos, nos permiten afirmar fundadamente que quien frena es Dios¹⁷. Dios frena, mantiene el equilibrio para impedir que se precipiten los acontecimientos de forma

¹⁶ En esto coincide totalmente Pablo con los Sinópticos (Mt 24,36; Mc 13,32; Lc 17,26-30). Por Hch 1,7 descubrimos la razón por la que se silencia el cuándo: en todo hombre late la pretensión adámica de conocerlo todo y competir con Dios.

¹⁷ Ver mayor explicación en mi comentario, p. 67s.

incontrolada; y, antes de decir por qué, debo solucionar la dificultad que a ello opone Cullmann, el cual considera inadecuado que Dios haya de desaparecer para que se manifieste el impío¹⁸. Que tal dificultad es sólo aparente lo muestra el siguiente esquema simétrico:

- a — lo que ahora está frenando (v. 6a)
- b — hasta que él (=el impío) se manifieste (v. 6b).
- c — la impiedad ya actúa encubiertamente (v. 7a)
- a' — él que al presente está frenando (v. 7b)
- b' — hasta que [el impío] se haga patente (v. 7b)

Como se ve, *b — b'* forman un bloque unitario cuyo sujeto es el impío. La expresión *ek mésou génētai*, atribuida comúnmente a *ho katékhōn* con el significado de *desaparecer*, es de estructura semítica e indica orientación, no separación; es decir, equivale a *colocarse del lado de en medio*, lo cual es propio del reo cuando va a ser juzgado y sentenciado¹⁹.

Esto supuesto, ¿por qué motivo frena Dios? La respuesta es obvia, y nos la facilita un escrito neotestamentario no paulino:

«No demora el Señor su promesa —ya hay quienes se imaginan que se retrasa—; sólo que usa de magnanimidad con vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos tengan acceso al arrepentimiento» (2Pe 3,9).

Dios frena porque es Dios y no hombre (Os 11,9): no da rienda suelta a su cólera de manera arbitraria y sacudida para destruir, sino que espera con infinita paciencia hasta que se colme la medida de la maldad humana (1 Tes 2,16). A esta divina paciencia se refiere Pablo en una de las más patéticas interpelaciones que han salido de su pluma:

La misma pedagogía de paciencia nos desvela el misterio de la justicia divina:

«¿Piensas acaso, tú que juzgas a quienes hacen tales cosas y que tú mismo haces, que lograrás escapar del juicio de Dios? ¿O es que desprecias su inmensa bondad, paciencia y magnanimidad, sin darte cuenta de que la bondad de Dios te induce al arrepentimiento? Por el contrario, con tu obstinación y tu corazón impenitente, te estás acarreado el castigo para el día de la cuenta, cuando se manifieste el veredicto imparcial de Dios, que retribuirá a cada uno según sus obras» (Rom 2,3-6).

¹⁸ A.c., p. 220.

¹⁹ Ver mi comentario, p. 68.

«Al cual —Cristo Jesús— lo constituyó Dios víctima de propiciación mediante la fianza de su sangre, para mostrar su justicia tolerando los antiguos pecados en el tiempo de la paciencia de Dios, a fin de manifestar su justicia en el momento presente; de manera que aparezca lo justo que es, al justificar a aquel que es alcanzado por la fidelidad de Jesús» (Rom 3,25-26).

En la Cruz, pues, se descubre la anchura del corazón de Dios, *«para quien un día es como mil años y mil años como un solo día»* (2 Pe 3,8), que espera siempre, pues *«quiere que todos se salven y experimenten su lealtad»* (1 Tim 2,4). Una vez agotados todos los recursos, y sólo entonces, es cuando se realizará el juicio del impío, a quien el Señor destruirá con el aliento de su boca (2 Tes 2,8); sentencia que puede recaer en mí, si llego a endurecerme y a empeñarme en la impiedad²⁰.



El límite impuesto a mi trabajo me impide llegar más lejos en mis explicaciones. Queda, sin embargo, suficientemente claro que en esta unidad apocalíptica de 2 Tes no tiene cabida nada que se relacione con una opción política de ninguna clase. San Pablo exhorta en ella a la ineludible decisión salvífica del cristiano en la etapa final en la que nos hallamos: es un toque de atención que ha de ponernos a todos en guardia, no sea que, después de comprometernos con Cristo, acabemos militando bajo la bandera contraria²¹.

Ni que decir tiene que tal exhortación, más que hacernos extraños a este mundo, pretende que entremos en él con mucha mayor hondura y con la libertad inconfundible del Hombre por excelencia, Cristo Jesús.

Universidad Comillas.
Madrid.

F. MARÍN, S.J.

²⁰ Esta aplicación, un tanto inquietante pero necesaria, es una invitación urgente a tomar en serio la posibilidad de la situación que llamamos *infierno* y con la que, por desgracia, se juega hoy con excesiva ligereza precisamente en el terreno pastoral.

²¹ La mejor captación existencial de la tremenda incongruencia que supone haber optado por Cristo y vivir con un estilo ajeno al de Cristo la he encontrado, dentro de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola, en la meditación de Dos Banderas (Ejercicios, nn. 136-147).